

Este trabajo, es la transcripción de un artículo publicado en “La Correspondencia Española” de 20 de Marzo de 1.911, escrito por Don Antonio Madrid Muñoz, cronista de la ciudad de Ronda, donde relata un paseo por las ruinas de Acinipo con un grupo de acompañantes.

Realiza la narración, con un lenguaje descriptivo, sencillo, y al mismo tiempo, recargado, que representa una muestra del pensamiento de los *Anticuarios* de la época. Con este apelativo, se conocía a los estudiosos de la antigüedad, semejantes a historiadores o arqueólogos actuales, que investigaban los hallazgos de que tenían noticia, o que ellos mismos encontraban, con los medios que disponían y con una metodología, que hoy día, podríamos considerar poco científica.

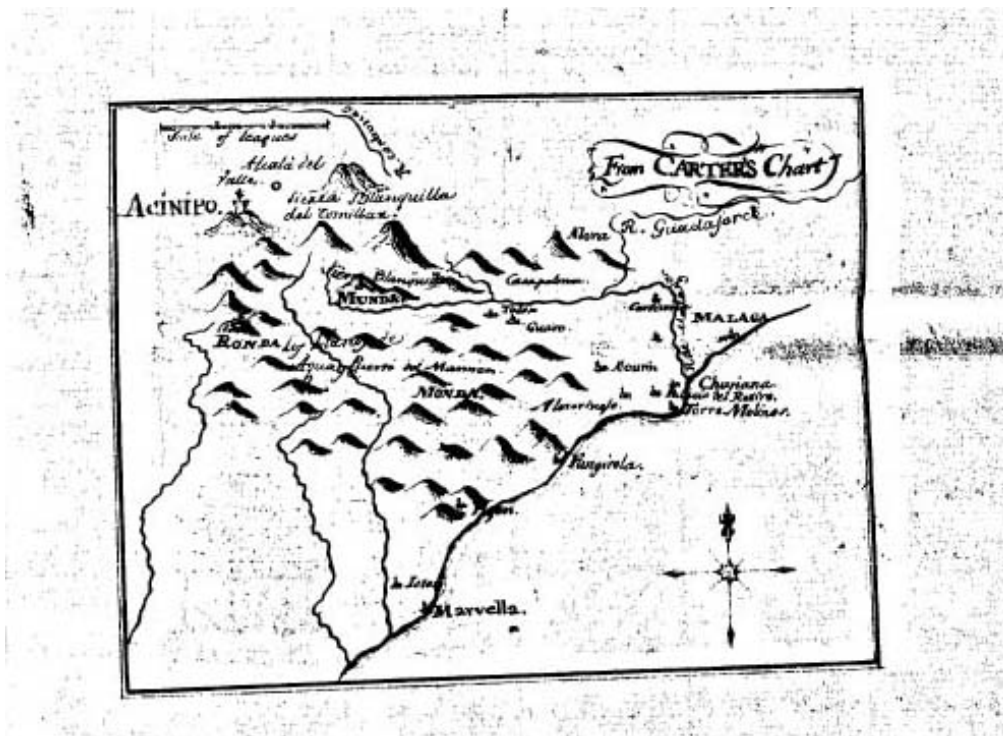
El documento, por el paso de los años, presenta en algunos de los párrafos, verdaderas dificultades para su lectura, incluso han desaparecido algunas palabras. Localizado a través de Internet, como una imagen, ha sido “limpiado y aclarado”, con ayuda del programa informático photoshock, pero algunas palabras, son difícilmente legibles, sobre todo las frases con textos latinos; sirva esta explicación por si alguno de los lectores de la revista, encuentra algún error de este tipo. Las palabras en cursiva, las marcaciones (**) entre párrafos, y el uso de las tildes (o falta de ellas), aparecen así en el texto, que, he respetado escrupulosamente.**

Sirva este pequeño documento, como homenaje a Don Antonio Madrid Muñoz, a Don Rafael Atienza y Huertos, a los hermanos Oliver y Hurtado, a Don Juan José Moretti, a Don Federico Lozano, a Don Juan Pérez de Guzman, Fariñas, Rivera Valenzuela.... y a tantos otros, que con esfuerzo y perseverancia han estudiado nuestro pasado. Y,, finalizo esta nota aclaratoria, con la que ultima Don Antonio su artículo: “Hermosa seria en verdad la resurrección de esta ciudad, genuinamente hispano romana, cuyos restos son dignos de admiración y respeto”.

POR LA REGIÓN BÉTICA

Acinipo (Ronda la Vieja)

Así se denominaba hace siglos el cortijo asentado sobre la población romana destruida por los vándalos de Seuserico. Acinipo, ciudad rica y floreciente, ameno lugar de recreo durante los calores del estío, debió estar rodeada de bosques y jardines, atestíguanlo las cañerías de plomo y de piedra que el arado levanta inocentemente. Desde su elevada mesa, verdadero mirador de la baja Andalucía, descúbrese un panorama indescriptible, lo mas enhiesto de las provincias de Córdoba, Granada, Cádiz y Málaga. Su feraz campiña daba a montones el trigo y la cebada, una abundante cosecha de delicados vinos, una gran masa de población agrícola labraba aquellos campos consagrados á Ceres, cuyas viviendas se revelan una legua antes del atisbo de la propiamente llamada ciudad.



Mapa con la localización de Acinipo y Ronda, realizado por Carter (S.XVIII)

Al cabo de los años mil... Acinipo resurge con toda la fuerza productiva de los pasados siglos. El intenso cultivo parcelario del *sorievo*¹ ha cambiado el aprovechamiento de la extensa y hermosa finca, sus beneficiosos resultados ya se tocan para bien de esta comarca, y mas de cien caserios y albergues levantados por los actuales colonos dan animación y vida a aquellos campos, pregonan sus excelencias saludables y productoras y acreditan como el trabajo y el bienestar borran ponzoñosas teorías mal avenidas, con lo que el mundo ha sido y será -para cada cual lo suyo- y donde pobres y ricos vivimos viendo como el capital pasa de manos sin que nada se pierda, ni mas ni menos que la materia se transforma sin extravío de una molécula. Es cuestión de tiempo y de generaciones.

Así discurríamos descansando en las gradas del teatro con que Acinipo entre otros monumentos, se embelleció, cuando un muchachuelo, robusto y limpio, de fisonomía inteligente y viva mirada, que por allí curioseaba, nos dijo:

- Aquí hubo un pueblo... Mire donde lo dice.

Y extrajo de su bolsillejo, virgen de toda otra, una moneda, en cuyo anverso, por bajo de dos espigas, se lee, como si acabara de salir del troquel, el nombre de Acinipo, ostentando su reverso un racimo de uvas. Eran los simbólicos blasones del *Municipio aciniponense*, cuyas ruinas hollábamos.

- ¿Dónde la encontraste?

- Allá abajo, en el arrabal, en un *familiar* -nos comentó con un aplomo realmente arqueológico - dentro de un pucherito tapado con un platillo.

¹ O soriero, es lo que parece escribir Don Antonio, no se entiende bien, por decoloración de la letra

Celebramos su incipiente erudición y comprendimos se trataba de una urna cineraria que encerraba el indispensable óbolo para el pasaje por la misteriosa Estigia.

Seguimos nuestra visita y estudio de aquel soberbio resto del pasado, que ya conocíamos de anteriores expediciones, causándonos siempre la misma singular admiración. Descrita por Fariña, el marqués de Valdeflores, los Sres. Oliver y otros, mal conocido por algunos eruditos, que de anfiteatro lo clasificaban, el teatro de *Acinipo* conserva su estructura y sus detalles con maravilloso realismo, si se tiene en cuenta la obra destructiva de los siglos y la no menor de los hombres en anteriores épocas. Pero resiste, y entonces, como ahora, podían apreciarse su grandiosa *scena*, su *prólogo* y *orchestra*, su amplísima *cavea*, sus pasadizos subterráneos de comunicación a los vomitorios y el muro que lo cercaba comprendiendo un *hemiscycle* con veintitres gradas, que, construido conforme a las reglas de Vitrubio, permitía ver y oír lo mismo al espectador colocado en la *cavea summa* que al de la *infima*. Por fenómeno sugestivo, la ilusión es perfecta al condensarse los recuerdos del pasado, creyéndonos transportados a algunos siglos antes de la Era Cristiana, y merced á ello podemos asistir á una de las mas licenciosas y regocijadas comedias de Plauto. Presenciamos el desarrollo de la trama escénica entre la alborotada vocería de abigarrada multitud, que aplaude los chistes y agudezas del histrión favorito, como se desata en aullidos y denuestos contra el cómico poco afortunado en sus actitudes o antipático en su relato y cuando el² da punto a la representación, el culto de aquel pueblo a la belleza plástica, dentro de sus estragadas costumbres, nos recuerda la sicalipsis³ teatral moderna, por aquello de *Nihil novum sub sole*... Mas la noche se nos viene encima; el viento silba lastimero entre los recios sillares de la *orchestra*; el mochuelo lanza su lúgubre

² Se ha perdido la letra

³ Según el Diccionario de la Real Academia Española: Malicia sexual, picardía erótica

chillido, como protestando de nuestra presencia en sus dominios... Abandonamos, pues, la elevada planicie, cuando en cada casita brilla una luz, y por cada chimenea se escapa un blanco penacho de humo. Es la hora del descanso, de la comida frugal y reposada de sus moradores, felices con su tranquila mediania que dijo Horacio.

Al siguiente día la histórica campiña resplandece bajo un sol radiante, doselada por un cielo de intensísimo azul, ese cielo andaluz de incomparable belleza, del que se destacan con múltiples tonalidades grises las lejanas sierras. Ciudades, pueblos y aldeas se divisan o se esconden entre los repliegues del terreno, ni una nube empaña el puro diáfano horizonte. Nos dirigimos al "Arrabal" y pronto pisamos una de las Necrópolis de la vetusta Acinipo. El suelo está tapizado de fragmentos de barro y a flor de tierra asoman porción de urnas cinerarias, es el "familiar", uno de tantos de que nos hablara el avispado chicuelo de ayer tarde. Nuestra curiosidad encuentra en el acto brazos entusiastas y complacientes al descubrimiento del tesoro, el ideal de siempre. Pronto un enorme sillar abandona su lecho de siglos, dejando al descubierto la urna que solo contiene aquellos utensilios guardadores de la moneda afecta al fúnebre transporte. Inmediatamente el canto de una gran losa labrada llama la atención de los infatigables peones; despojada de la tierra que la cubre, dásele la vuelta y se ve "está escrita".

Es una curiosísima muestra de Epigrafía sepulcral. Su versión, que corrige la nuestra, admirablemente hecha, por el eminente epigrafista y sabio académico de la Historia, R.P. Fidel Fita, es esta: "*Pulceria,, de 36 años de edad, iiberta de Marco Junio Terenciano, yace aqui. Séale la tierra ligera*". Vamos en busca del que reputamos magnate de la Colonia Romana; pero á los pocos momentos y por lo que vimos, comprendemos que tal vez

sea tarde, porque en el mismo lugar y ha pocos años, el arado encalló en una pesada caja de plomo (de la que obtenemos un trozo), donde entre cenizas y huesos, se hallaron varios "cuchillos" -la espada española ancha y corta- un pedazo de bronce á modo de casco por lo que nos explican, y algunos otros objetos que no se nos precisaron; nada se conserva. Abandonamos, pues, nuestra investigación, recomendando la conservación del sentido recuerdo que hemos exhumado.

Acinipo vino á ser romana cuando la región bética fue dominada por el Pueblo-Rey. Mas su origen, su fundación es tan misteriosa y desconocida como la de otras muchas poblaciones andaluzas que en la prehistoria la tienen. Las condiciones de defensa de su asiento, de fertilidad en sus rodeos, de aguas abundantes en sus contornos y de salubridad en su clima, debieron llamar en todo tiempo la atención de las razas que fueron sucediéndose en estos terrenos, y es seguro que el muro romano corona el cimiento neolítico, la edificación fenicia ó griega y la construcción ibérica.

Por ello su suelo resume junto á la esquirra de pedernal y el hacha de verdosa sílice, al lado del oscuro légamo moldeado con los dedos, del pobre adorno formado por un bivalvo, y del informe hacinamiento de bloques, sin otra pegadura que su encaje, muestras de finísimo cristal y de transparente búcaro, puntas de flechas y dardos de perfecta limpieza, barro griegos y saguntinos, de artística factura, sillares de uniforme simetría, trabados con indestructible argamasa, preciosas figurillas de dioses familiares, trozos de estatuas, de capiteles y fustes, adornos mujeriles de refinada elegancia, espejos de pulimentado metal, sortijas, collares, ánforas, lacrimatorios, piezas de mosaico, camafeos, monedas de Municipios y Emperadores y de mil y mil objetos propios de un pueblo rico y floreciente como

dijimos. En Acinipo se revela la infancia del arte, como su apogeo; es un libro, en cada una de cuyas páginas se lee un periodo histórico y artístico de nuestros siglos.

Largo y costosísimo sería poner al descubierto la ciudad soterrada, llegar hasta el pavimento de aquellas edificaciones que fueron baños, templos, tribunales, lugares de recreo, quintas y palacios de ricos graneros y almacenes para los productos de la vecina campiña.

Una enorme cantidad de piedra aneja á un pueblo desmigajado, y una poderosa capa de tierra vegetal, que formó el cultivo no interrumpido de su suelo cierran abruptamente la esperanza al mas entusiasta. Ensayos se han hecho en pasadas épocas, especialmente á la proximidad del teatro, que dieron sorprendentes resultados, cuales fueron las excavaciones practicadas por D. Rodrigo de Aranda en 1824, como otros en los tiempos de Fariña y de Rivera; hasta hubo quien pensó en arrendar aquellas tierras, sin otro fin que desenvolverlas. Pero Acinipo sigue y seguirá envuelta en el misterio que los años y los hombres le dieron por sudario. Hermosa sería en verdad la resurrección de esta ciudad, genuinamente hispano romana, cuyos restos son dignos de admiración y respeto.

Antonio Madrid Muñoz (Académico correspondiente de la Historia)

La Correspondencia Española 20 de Marzo de 1911